

LA FUENTE SECA

Le quedaban las fauces
llenas de polvos ágríos;
le quedaban abiertos
y agrietados los labios
y entre pajas podridas,
con limo amortajado,
le quedaba sediento
y escondido el regazo.

Se le murió el riachuelo
que le nació cantando
por entre mejoranas,
poleos y mastranzos.

Ni lágrimas tenía
ya para amamantarlo
cuando lloraba, seco,
suspiros apagados.

Le faltaron, a un tiempo
las liebres y los pájaros,
y las mozas garridas
con el perfil de cántaro.

Le faltaba el espejo
y la luna y el árbol,
y le faltó una tumba,
y un sencillo epitafio.

Le quedó su cadáver
seco y desenterrado.

JOSE CANAL

EL HOMBRE PRINCIPAL

«Y le preguntó un hombre principal,
diciendo: Maestro bueno, ¿qué haré para
poseer la vida eterna?»

(S. LUCAS, XVIII-18)

I

El hombre principal venía delante, montado en una mula. Detrás caminaban a pie los dos esclavos, guiando a las bestias de carga. Venían de la otra ribera del Jordán, del mercado. Llevaron corderos, lanas, trigo y aceite; traían quesos de cabra y camella, miel, vino. Habían emprendido el viaje durante la última guardia de la noche y al clarear el nuevo día daban vista a su aldea. Desde el repecho por el que descendían contemplaban ya las casas blancas, envueltas en jirones de humo azul, levísima gasa transparente que flotaba en la luz tierna del amanecer.

Empinándose sobre el mulo, lanzó el amo sus ojos en avanzada, recorriendo amorosamente, como si los acariciase, todos los rincones del pequeño valle. Allí habían nacido él y sus padres y los padres de sus padres. El cielo, la tierra, los árboles, las piedras y las aguas de los arroyos conocían su nombre y, entre todos, se repartían sus recuerdos. Hasta el olor que venía de los huertos, tapizados de jugosa pámpana, era algo suyo. Se ensanchó su corazón al encontrarse otra vez con estos viejos amigos y pensó: «Ellos me devolverán la paz.»

«Rrracc, rracc, rracc...» Los esclavos arreaban a los animales chascando la lengua contra los dientes y el paladar. Bajando por el ramblizo cruzaron entre los olivares e higuerales que crecían en gavias escalonadas, atravesaron regatos de aguas limpias. Mirlos y alondras cantaban en los árboles. El sol, asomándose a sus espaldas sobre el alcor que acababan de trasponer, pasaba por encima de sus cabezas e iba a caer sobre los tejados de las casas. Unas cuantas cigüeñas, volando pausadamente, salían al encuentro de sus primeros rayos.

Empezaron a encontrarse con vecinos que saludaban al hombre principal con respeto, cariño y familiaridad, porque era varón justo a quien todos querían. «Bien llegado eres entre nosotros». Le hacían preguntas sobre el mercado y él iba contando sobre las gentes, tierras y cosas que había visto, lo que había comprado y vendido.

Cerca ya de su casa, una sierva que tendía ropa blanca en la terraza, atisbó la llegada del dueño y dió la nueva con alegres voces.

La casa del hombre principal, sin ser ostentosa ni de otra fábrica que la de sus vecinos, se señalaba entre todas ellas, quizás por ser más amplia o por mejor cuidada. El tapial que rodeaba sus corralizas estaba cuajado de rosales que ahora, —era en los primeros días del Nisan—, se mostraban encendidos de rosas, vivas como ascuas.

Echó pie a tierra el varón justo. Los perros saltaban jubilosamente con él y las esclavas se arrodillaban para besar sus manos. Cariñosamente se desembarazó de unos y otras y bajo el limonero cambió los ósculos de paz con su esposa, con su hija, con su yerno. Después, éste se fué a cuidar de las bestias y la carga, y el padre entró en la casa, sus brazos sobre los hombros de las dos mujeres. Aunque sólo había faltado siete días de su hogar, todo, al regreso, era noticia, pregunta, risueña impaciencia por contar y por saber, gustosa novedad eterna.

Reifrescó primero su cuerpo en el agua y bajo la suavidad clorosa de los óleos, cambió sus vestiduras de camino por la cómoda túnica casera. Su esposa, celándolo todo en torno a él, adivinaba sus pensamientos, le ponía a la mano cuanto necesitaba antes de que lo pidiese.

—¿Han ido bien las cosas en mi ausencia?

—Nuestro hijo ha hecho a todo tan discretamente, que su mano parecía tu mano.

Sonrió el señor, satisfecho de que el tiempo confirmase sus previsiones. Al yerno lo había escogido él contra los cálculos de sus vecinos y, quizás, también contra la secreta inclinación de las mujeres de la casa. Era un mozo de su misma aldea, de familia honrada, pero no principal. Entre los aspirantes a la mano de su hija hubo un galán que nadie pudo creer que sufriría rival alguno. Forastero para excitar la fantasía de las gentes, pero no tan remoto que no fuesen de todos bien conocidas su estirpe y las riquezas de su casa; gallardo, diestro, generoso, ganador de voluntades, bello. Sin embargo, el padre se pronunció, con sorpresa de todos, por el modesto conterráneo. Desde entonces el escogido había mostrado tan buenas dotes para el cuidado de la hacienda, tanta bondad de corazón, tan leal ánimo para honrar a su nueva familia y servir a sus convecinos, que hoy la gente decía:

—Bien supo él lo que se hizo al elegir. Así premia Dios al que, antes que su halago y su interés, busca la virtud acrisolada.

Listo ya, iba a salir al patio el varón justo. Su esposa le detuvo.

—Espera... Aun no te he dicho lo más importante...

—¿Qué es ello, mujer?

Parecía remisa en hablar aunque, por su talante, se clareaba que era grata la noticia.

—¿Tan lejos lo tienes de tu desec que ni lo imaginas? El Señor ha bendecido el matrimonio de nuestro hijo... Vamos a ser abuelos.

Casi brincó de gozo el hombre. Llevando consigo a su mujer voceó en el patio de la casa:

—¿Dónde están esos hijos? ¿Dónde?

Delante de los siervos los confundió a los dos en un solo abrazo y los bendijo. Luego hizo que le llevasen uno de los fardos que traía del mercado. Eran presentes para todos los miembros de la familia, que pensaba ir distribuyendo en fechas señaladas. ¿Pero cuál más que la presente en la que se le anunciaba un heredero?

—Sea el de hoy día de regocijo para nosotros. Preparad un banquete en el que todos nos juntemos, distribuid limosna entre los pobres, que nadie deje de estar alegre. Y ahora, tomad.

Para todos había regalo: Un manto de la más tina lana de Damasco para la mujer, velos de vistosos colores, delicada obra de los tintoreros sidonios, para la hija. Al yerno, una túnica de lino egipcio, de ancho rayado blanco y negro. Las esclavas recibieron collares de vidrio y ajorcas de metal procedentes de los bazares de Tiro; los siervos, anchos cíngulos de cuero repujado, de Babilonia.

Festearon todos con sincero entusiasmo la buena nueva y el regalo. La alegría reinaba en el hogar del varón justo.

I I

Después de la refacción del tsaharajín, se retiró el padre a descansar la siesta. Había comido bien y se rindió a un sopor plácido, entreverado de familiares murmullos contenidos, voces sigilosas, apagados pasos. Cuando se levantó, su mujer le dijo:

—He preparado un regalo para tus padres. Si lo encuentras bien, podríamos ir a llevárselo y a darles la noticia.

Aunque le era bien conocido cuanto podía esperar de su esposa, siempre tenía que maravillarse de su discreción y su tacto. Se anticipaba a cualquier voluntad suya, como si leyese en su pensamiento. Bastaba que él desease algo para que ella se lo ofreciese con su mejor sonrisa.

—¿Qué mayor felicidad para una esposa —decía—, que ser el espejo de su dueño?

Según convenía a cada momento sabía ser compañera tierna, madre vigilante, administradora hacendosa, mujer de respeto donde respaldaba en toda su justeza, sin excesos ni defectos—, la posición social de la familia. Siempre la esposa perfecta, el mejor don que el Cielo podía conceder a un hombre.

Salieron los dos llevando consigo una sierva, con el presente para los padres. Los vecinos que los veían pasar comentaban:

—Bien haya, el varón justo que honra a sus mayores.

Los padres eran ya ancianos y no tenían más que este hijo. El padre llevaba varios años parálítico, sin poderse mover. La madre los recibió como siempre, entre cariños y lágrimas:

—Hijos, hijos... Estamos tan solos... Si no fuera por vuestras bondades, ¿qué sería de estos dos pobres viejos?

Al regreso, ya entre los dos atardeceres, la gente salía a ellos en la calle para darles el parabién por la preñez de la hija. Su casa estaba rodeada de mendigos que habían recibido generosa limosna y

esperaban al hombre justo para agradecerle sus bondades y pagarlas en bendiciones.

A poco de entrados llegó una viuda preguntando por el amo. Traía, envueltos en un trapo, ciertos dineros que su difunto dejó a deber al hombre principal, hacía ya cinco años. Nunca le habían exigido el pago de aquella deuda, por nadie fué apremiada para que restituyese. Pero ella lo había ido ahorrando a fuerza de trabajo y privaciones y ahora, al cumplir, besaba las manos del varón justo, por su paciencia en esperarla.

—Otro me habría reducido a servidumbre. ¡Que el Cielo te pague cuanto merece tu buen corazón!

Su marido había llevado en renta unas tierras del hombre principal y éste tenía poco menos que olvidado tal débito, consecuencia de unos años malos y una larga enfermedad. Estuvo a punto de decirle que se llevase sus dineros; pero se contuvo y dejó hacer a su esposa. Esta tomó la bolsa, sacó de ella unas monedas que entregó a la viuda como limosna, y guardó el resto. La pobre mujer se retiró pregonando la generosidad con que había sido tratada.

Llegó la noche. Se fueron recogiendo todos en la casa y quedó solo el hombre principal, sentado en un balconaje que daba al patio, por encima del limonero. Lucían las estrellas en el cielo y la luna prestaba una vaga claridad verdosa a los contornos. De la tierra en sazón y los rosales florecidos subía hasta allí un penetrante olor. Ladraban los perros invitando al sueño, rumoreaba en las cercanías una fuente. Parecía que la noche primaveral estaba deseosa de armonizarse con la paz que debía reinar en el corazón del hombre justo. Pero éste, a despecho de todo, sentía otra vez la desazón interior.

«Son los padres—pensó—, es su desgracia lo que me ha conmovido». Pero acabó por desechar el falso paliativo. No era aquella la causa de su turbación, sino una zozobra más profunda que venía ya sintiendo tiempo ha, reconcomio vago que no podía explicarse ni tampoco vencer. Como tantas otras veces, su recuerdo le trajo al momento en que aquella inquietud había comenzado.

Fué dos inviernos atrás, antes del matrimonio de su hija. Había creído advertir que alguien hurtaba de su troje y una noche se quedó al acecho y sorprendió al ladrón. Tan inesperado le resultó el descubrimiento, que le dejó marchar, cargado con el producto de su rapiña. Era un vecino de pobre condición, pero a quien siempre se había tenido por honrado. En la perplejidad de la sorpresa se lo comunicó a su mujer, que se quedó también llena de pasmo.

—¿Pero es posible que ese hombre te dé tal pago, a ti, que eres su bienhechor?

El vecino atravesaba una mala época. Tenía un huertecillo debajo de una de las fincas del hombre principal, que en el estío le daba agua de su alberca. Pero aquel verano había sido muy seco, la alberca dió de sí sólo para el riego de su finca y el huerto del vecino se agostó. Sabiendo que su casa estaba sin provisiones y su mujer enferma, el hombre principal le enviaba a menudo mantenimientos: Huevos, leche, harina, carnes.

Verlo convertido en ladrón le turbó de tal manera que estaba ya casi decidido a callar.

—Bien hecho estará lo que tú hagas—le dijo su mujer—pero piensa si debes permitir que prospere así la iniquidad.

Aunque fuera un penoso deber dió cuenta a la justicia y a la noche siguiente el vecino fué sorprendido cuando cometía el delito. Todo el mundo se dió cuenta de que a nadie atribulaba tanto el caso como a la propia víctima.

—¿Por qué no me lo pediste, si lo necesitabas?

—Reconozco mi delito,—dijo el ladrón—Sólo he recibido de ti favor y bien y te he pagado con orgullo y deslealtad. ¡Perdóname!

—Por lo que a mí atañe, perdonado estás en mi corazón. Toma de mi casa cuanto necesites y, si Dios es servido, ya me lo pagarás cuando puedas.

—¿No te da vergüenza?—decían todos los vecinos al ladrón—¡Con lo fácil que es ser bueno!

Esta era la frase que se había clavado en el alma del varón justo. «¡Con lo fácil que es ser bueno!» Como si a un eco extraño la hubiese retenido, sonaba una y otra vez dentro de él, se acercaba y se alejaba, en continuo retumbo. «¡Con lo fácil que es ser bueno!». Nunca hasta entonces se había dado cuenta de que, por lo menos para él, la bondad era algo que no requería esfuerzo alguno, ningún sacrificio, ninguna lucha. Brotaba espontáneamente de él sin el menor quebranto, como un complemento de su felicidad y su bienestar.

Entonces el hombre principal se asustó. ¿Era posible que de un modo tan sencillo se pudiese ganar la vida eterna? ¿Sólo esto, que no era nada, se requería para merecer un puesto entre los justos, por los siglos de los siglos? ¿No era imprescindible para todos ser probados antes de resultar elegidos? ¿Cómo habrían de ser, entonces, su prueba y su lucha, si la virtud no era para él más que un camino de flores?

El varón justo tenía el alma limpia y no pudo desentenderse de estas preguntas. Habían pasado dos años y eran las mismas que continuaba formulándose en el silencio de la noche primaveral, mientras todo a su alrededor estaba entregado al reposo.

Era demasiado fácil ser bueno. Cuando él vendía en el invierno los granos almacenados en sus trojes, la gente le bendecía porque los daba fiados y a mitad de precio que los avarientos. Pero, aun así, los beneficios duplicaban sus gastos y su trabajo. ¿No debía, acaso, renunciar a cualquier ganancia, hermanarse en todo con los demás?

Meditando sobre estas cosas llegaba a pensar esta noche que hasta en la traición de su vecino le alcanzaba alguna culpa. ¿Le habría robado si durante aquel verano hubiese compartido con él el agua de su alberca, aunque parte de su siembra se secase? ¿No debió ver que sus limosnas eran insuficientes y prescindir de algo en su propia casa para atenderle mejor?

Su corazón sincero se angustiaba. «Dios mío, Dios mío,—clama-

ba su voz interior—¿No hay otro camino, entonces, que renunciar a todo, como me dijo el Rabbi?»

Sintió pasos que se acercaban. Era su mujer, que venía a buscarle.

I I I

Dijo a la esposa que no tenía sueño, que deseaba permanecer allí. Necesitaba seguir reflexionando a solas, pero quizás ella advirtió en su tono algo extraño, porque no se marchó. Hubo un instante de silencio entre los dos. De repente, él preguntó:

—¿Tú crees que nosotros obramos bien?

A la mujer le cogió de sorpresa esta pregunta.

—No comprendo lo que quieres decir.

—Es algo que me atormenta hace tiempo, que necesito explicarme. ¿Soy yo, en realidad, el hombre que todos ponen como modelo?

—¿Pero por qué preguntas eso? ¿Es que ha sucedido algo?

—Todos los días sucede algo sobre lo que pasamos, quizás, demasiado a la ligera. Hoy mismo, cuando esa pobre viuda ha venido a pagarnos, ¿por qué hemos cogido su dinero, en lugar de decirle: Ve mujer, sólo con tu voluntad has cumplido?

—Eres demasiado bueno, eso es lo que te pasa. Si tú nunca has exigido la deuda y en tu corazón la tenías ya perdonada, ¿qué puedes reprocharte por haber aceptado la voluntad del deudor, cogiendo lo que es tuyo?

—Sí, sí. Parece equitativo y hasta generoso, pero en mi corazón sé que no ha sido suficiente.

—¿No te ha probado lo contrario su agradecimiento? ¿No ves a diario en la gratitud de todo el mundo que tales escrúpulos no tienen razón de ser?

—De nada puede servirme la opinión de los demás si ante Dios y dentro de mí no estoy en paz.

—En fin, si eso es lo que te perturba, con llevárselo mañana....

—No es eso sólo. Vengo pensando hace tiempo que hacemos la caridad con lo que nos sobra, pero sin participar en la desgracia de nuestros hermanos. Damos de lo que no necesitamos, a cambio de no contaminarnos con el dolor ajeno, para saborear mejor nuestra paz y nuestra felicidad.

—No, no. ¿Cómo se te pueden ocurrir tales cosas?

—Esta tarde hemos estado a ver a nuestros padres. Los honramos y los aliviarnos, cierto, pero en vez de tomar su infortunio sobre nosotros y vivirlos juntos día por día, procuramos olvidarlo, una vez que les damos lo que ningún sacrificio nos cuesta. ¿Hemos de dejarnos engañar por lo que diga la gente? Cuando se casó nuestra hija repartimos cuantiosas limosnas entre los pobres, pero ¿cuánto no derrochamos después en fiestas y banquetes de vanidad?

—¿Qué te hagas tú reproches a este respecto, siendo tan notorio que despreciaste tus conveniencias por hacer justicia al que lo merecía!

—También he meditado sobre eso. Y la verdad es que si yo escogí al pretendiente humilde no fué para premiar su virtud, sino por egoísmo. El otro se habría llevado a nuestra hija; con este ganábamos un yerno manso, atado a nuestra voluntad. ¿Cómo ha de ser grata a Dios esta caridad, que siempre da ciento por uno?

—¡Retuerces las cosas, te atormentas con lo que no es! ¿Qué mal pensamiento te ha cogido, cuando nadie ignora que no hay otro más justo que tú?

—El me dijo que sólo a Dios podía llamársele bueno.

La mujer se angustiaba, asida a las manos del marido, viendo cada vez más hondo el abismo que él habría con sus palabras.

—¿Quién te dijo eso?

—Jesús, el Rabbi de Capharnaum. Toda la Judea está llena de sus portentos, todo proclama en él la mano de Dios. Le ví rodeado de niños, resplandeciente en su humildad y adiviné, sin saber cómo, que sólo su palabra podía darme la verdad por la que clamaba mi corazón. Corrí a él, me arrodillé a sus plantas.

—«Maestro bueno,—le dije,—¿qué haré para poseer la vida eterna?»

—«Sabes los Mandamientos,— me respondió—. No matarás, no fornicarás, no hurtarás, no dirás falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre.»

—¿Y no es esto, acaso, lo que tú vienes guardando desde tu juventud?

—Así se lo dije al Maestro y sus ojos me miraron con amor. Pero añadió: «Una cosa te falta. Anda, vende cuanto tienes y dáselo a los pobres y tendrás tesoro en el Cielo. Y ven y sígueme».

—¡Pero eso... no es más que una locura! ¿Cómo pueden hacer mella en ti semejantes cosas?

—Quizás porque sus palabras estaban ya escritas en mi alma y El no hizo más que leerlas.

—He oído hablar de ese Rabbi. Creo que es hijo de un modesto artesano de Nazareth. ¿Y quiénes son los que le siguen? ¿Acaso grandes familias, que hacen buenas con su ejemplo tales palabras? ¿O son más bien humildes pescadores del Genesareth, labriegos míseros de la Galilea y gente de poco más o menos?

—Ellos han dado cuanto tenían.

—¡A bien poca costa han podido hacerlo!

—¿Pretendes erigirte en su juez, mujer?

—Perdóname si he hablado de manera imprudente. Dí «esto hemos de hacer» y yo te seguiré, puesto que tú eres mi señor. Pero considera que exagerando la humildad también puede pecarse por orgullo. No has sido tú quien has puesto cercas a los campos. ¿Vivieron, entonces, nuestros mayores en la ignominia y sólo a ti te estaba reservado el descubrirlo? ¿Por qué han de ser más ciertas las palabras de un extraño que la voz de los que te rodean y el ejemplo de las generaciones?

Callaba el marido escuchando a su mujer, de quien siempre estaba acostumbrado a recibir la voz de la moderación y la prudencia.

—No seré yo,—continuaba ella—, quien juzgue a ese Rabbí, pero si habla de entregarlo todo, ¿por qué reserva para sí lo más preciado? Puesto que no tiene otra cosa, que de su vida por nosotros podrá decirse: «Dios hablaba en El».

El hombre justo, lleno de dudas, descansaba la frente en sus manos. La esposa le rodeó los hombros con un brazo.

—Debes descansar ahora. Estás impresionado y confundido, pero la paz volverá a ti. Dentro de unos días iremos a Jerusalén a santificar la Pascua. Al que cumple su Ley, Dios no le pide más. Todo pasará.

Se lo fué llevando hacia el interior de la casa. En el silencio de la noche se acrecentaba el rumor de la fuente. Se oyó, todavía, la voz de la mujer:

—Y no te preocupes de ese hombre. Ni has de verlo más, ni siquiera volverás a saber cosa alguna de él...

ANTONIO PEREZ SANCHEZ

IDEARIO EXTREMEÑO

Digo que hay muchos que fían de Dios el perdón de sus culpas, pregonándole misericordioso cuando las cometen, y ni fían del mismo el darles el sustento y comida de cada día si le sirven. Y es uno de los mayores desatinos a que puede llegar un hombre el esperar de Dios, siendo enemigo suyo, lo que es más, y no lo que es menos teniéndole por amigo y obligado con servicios y obras virtuosas.

FRAY JUAN DE LOS ANGELES



ALBUM EXTREMEÑO.—Catedral de Plasencia: Cáliz (Siglo XVI) Foto Mas